

## Poemas

### El viento de otra edad

Hoy hicimos el amor como fantasmas: yo era un hombre de los años ochenta del siglo XIX y tú una muchacha del novecientos dos. Yo nací en Bogotá. Mi nombre lo inventó Darío una noche de invierno, cuando puso sobre el vientre de mi madre su mano extraviada por el vino y recitó, en una extraña lengua, los salmos del futuro.

Tu nombre fue un secreto entre tu padre y un viejo trovador de la Alpujarra. Cuando nos encontramos, yo era un mutilado de la primera guerra de un siglo que no existe y traía, para fundar tu cuerpo, todo el salitre del Mar Negro y una inmarchitable margarita del Cáucaso prendida a la solapa. Tú venías de ciertos libros imposibles; el vaporoso traje hecho con el tinte violeta de las tardes de octubre, y en la frente, una leve mancha dejada por el viento de otra edad.

Yo había muerto en 1923, en un cerro de Tlalpan, a la misma hora en que tu madre te cerraba los ojos en una humilde casa del destierro, camino de Trevélez.

Pasaron los trenes de la madrugada mientras éramos solo boca, tacto indetenible, insaciable humedad. Desde el último puerto de mi país zarpó hacia la memoria un barco donde nunca estuve, porque esa noche navegaba las rutas de tu cuerpo, sin sospechar que volveríamos a encontrarnos esta tarde de mayo de 1997 en la que hicimos el amor como fantasmas.

Waldo Leyva

## Arte nuevo de hacer poemas

Me despierto temprano para hacer ejercicios.  
Media hora para el dolor al cuello, para evitar  
la molesta rotación del brazo. Me preparo  
el desayuno y cojo al azar un libro. Miento.  
Ayer leí con mis alumnos «Musée des beaux arts»  
y comentamos el Ícaro de Brueghel. Con una  
cucharita doy vueltas al café y abro una página  
cualquiera: «tuya es la imagen disciplinaria  
que me refrena del agradable error, de las garras  
del turbulento desorden». El maestro era James.  
Auden visitó su tumba en la primavera  
del cuarentaiuno. Probablemente los alemanes  
habían bombardeado Birmingham, y se limitó  
a dejarle unas violetas. (El poema lo escribiría  
después). Me gusta la serenidad de Auden.  
La severa inflexión que impone a su desorden,  
el asomo de error que nunca falla. Siempre  
lo supe, viejo Auden, sólo quien se sabe presa  
del desorden se exige disciplina. Esta mañana  
he hecho media hora de ejercicios, he tomado  
el desayuno y leído estos versos de Lope (a  
quien Auden con toda seguridad desconocía):  
«porque a veces lo que es contra lo justo  
por la misma razón deleyta el gusto».

Eduardo Chirinos

## Del otro lado del mar

Del otro lado del mar ella despierta.  
Alrededor de su cintura  
el sudor le ha forjado  
una cadena de oro por ella no advertida.  
(Joya nacidas de su cuerpo,  
humilde humor de Dios).

Se incorpora de golpe.  
El jardín, el ladrido, otros deberes  
la ponen brutalmente sobre el mundo.

Del otro lado del mar  
él mira el mediodía  
a través de otra ventana y otro cielo.  
En su mano adivina el cinturón de oro  
que el sudor ha forjado  
alrededor de la cintura de ella.  
Y a lo largo del día le dolerá con todo.

Del otro lado del mar ella enciende la estufa.  
Mientras espera que el café conceda  
su caricia diaria, irreplicable,  
se le cruzan los siempre con los nunca,  
las palabras ya dichas y agotadas  
con aquellas que esperan nuevos moldes.

Del otro lado del mar  
él defiende el castillo donde poco a poco  
ha aprendido a estar solo,  
a saberse su dueño y su vasallo.

Del otro lado del mar,  
a través de su ventana ella descubre  
el aletear de un pájaro  
que en lengua policroma anuncia  
la inminencia del verano.

Del otro lado del mar él mira dos palomas  
que en nombre del cortejo  
no miran las migajas. Siempre el todo.  
Ese todo instantáneo donde la vida  
al seguir siendo, es para siempre.

Poemas

Y en ese instante  
surge la risa fugaz del ángel Lindbergh  
y el océano se borra.  
Él y ella han dejado de existir:  
Nosotros mira a través de la ventana.

Vicente Quirarte